

Nuestro problema

Macario Schettino

La publicación de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares para 2008, del INEGI, y la subsecuente aparición del informe de Coneval acerca del comportamiento de la pobreza han provocado un alud de comentarios que van desde críticas a los programas sociales hasta exigencias de un cambio en la política económica del país. Nada nuevo, puesto que llevamos décadas escuchando estos reclamos, frecuentemente desde las mismas personas, pero que hoy resultan de particular importancia frente a la difícil combinación entre política y economía que tendremos en los próximos tres años.

El Coneval evalúa la pobreza utilizando el método de la línea de pobreza, que en este caso se calcula con una canasta básica alimentaria. Puesto que los precios de varios de estos alimentos se incrementaron notoriamente entre 2006 y 2008, la línea se elevó lo suficiente como para que 18% de los mexicanos no tengan ingreso suficiente para comprar esa canasta. El incremento en la pobreza, sin embargo, no es sólo cuestión de dinero, y el mismo Coneval refiere varios otros asuntos en los que las cosas han mejorado, desde condiciones de las viviendas hasta educación de los niños. En cualquier caso, desde que se levantó la encuesta hasta ahora, las cosas han empeorado: los precios de la canasta mencionada han subido cosa de 7%, mientras que el ingreso de las personas se debe haber reducido cerca de 9%. Dicho de otra forma, si hoy se midiera la pobreza en México no sería 18% de la población la que estaría en pobreza alimentaria, sino cerca de 26%. Y eso sí es un incremento sustancial que no se compensa con los otros elementos.

Frente a una crisis económica como la actual, no hay política social que funcione. Ni política económica, hay que aclarar. En los países industrializados, a pesar de incrementos muy importantes en el gasto de los gobiernos, la situación es muy parecida a la de México. En muchos de ellos hay menor caída en la actividad económica, pero mucho mayor en empleo. Lo más que puede hacerse es tratar de aminorar el golpe, y promover la reactivación lo más rápido posible. Y eso están haciendo los gobiernos, con éxito variado.

Sin embargo, nosotros acostumbramos mezclar los problemas, haciendo mucho más difícil encontrar una solución. Metemos en el

mismo saco a la pobreza, la distribución, la falta de crecimiento, las dificultades para hacer negocios, los privilegios, y de esa mezcla sacamos lo que nuestra mentalidad nos permite, es decir, lo mismo que hemos visto antes. Las soluciones que se proponen hoy son, entonces, variantes de un Estado rector del desarrollo, que promueva la actividad controlando el financiamiento barato, manteniendo bajos los impuestos y elevado el gasto, que además se haga responsable de que todos los mexicanos tengan acceso a educación, salud, alimentación, trabajo y vivienda. Eso, me van a perdonar, no existe, ni nunca ha existido.

Ese cuento del Estado benefactor a la mexicana es precisamente lo que nos ha impedido salir de la premodernidad. Cuando el régimen de la Revolución empezó a utilizarlo, era relativamente fácil engañar a la población, porque pocos vivían en las ciudades y porque no había manera de verificar si efectivamente el Estado cumplía sus promesas. No había información. Hoy, sin embargo, es perfectamente posible saber si ese Estado revolucionario cumplió en algo, ya sea en los años 60, o 70, o ya en su proceso de transformación neoliberal, como gustan llamarlo. Y cuando uno revisa la información resulta perfectamente claro que ese Estado jamás hizo nada.

Pero es difícil luchar contra la imaginación, y todavía hoy los herederos de ese régimen se llenan la boca afirmando que fue su grupo político el que construyó las instituciones. Y siguen millones de mexicanos creyendo en esa inmensa farsa. ¿Qué construyeron? Un Seguro Social quebrado desde su origen, una empresa petrolera ineficiente, un sistema educativo que transforma a los mexicanos en seres incapaces de ganarse la vida, un régimen destructor de la vida cívica, autoritario y corruptor. Y, no olvidemos, perpetuaron esa pobreza que hoy dicen que van a resolver. Imposible: sin ignorancia y pobreza, se acabaría el cuento de la Revolución.

Hay un solo camino para derrotar a la pobreza, y consiste en dotar a todos los mexicanos de la capacidad de producir riqueza. Aunque le suene a Perogrullo, resulta que eso es precisamente lo que no hacemos. De muy poco sirve repartir dinero cuando quienes lo reciben no podrán multiplicarlo. Pero cuando alguien puede ganarse la vida solo, ya no necesita al comisariado ejidal, al líder sindical, al cacique local.

Cuando una persona genera su propia riqueza, cuando se hace responsable de su vida y sus decisiones, es un ciudadano. Y los ciudadanos no soportan los regímenes corporativos; por eso el régimen de la Revolución hizo todo lo posible por impedir que los mexicanos pudieran generar riqueza solos. Es esa mentalidad la que nos sigue deteniendo hoy. Y eso no es ni política económica ni política social. Nuestro



| | | |
|----------------------------|-----------------------------------|---------------------|
| Fecha 24.07.2009 | Sección Primera-Opinión | Página 23 |
|----------------------------|-----------------------------------|---------------------|

problema es mental.

ESE CUENTO DEL ESTADO
BENEFACTOR A LA MEXICANA
-ALGO QUE NO EXISTE- ES
PRECISAMENTE LO QUE NOS HA
IMPEDIDO SALIR DE LA
PREMODERNIDAD

www.macario.com.mx

Profesor de Humanidades del ITESM-CCM